

El chavismo y la memoria subversiva de Jesús

Armando Rojas Guardia*

Ante los intentos de transformar el chavismo en una especie de nueva religión, utilizando e instrumentalizando elementos y contenidos cristianos, resulta para mí un imperativo moral deslindar esa suerte de inédita expresión religiosa del cristianismo genuino, al menos tal como lo entendemos e intentamos vivirlo muchos hombres y mujeres en nuestro país y nuestro tiempo

Lo primero que tengo que decir es que, como radioescucha y televidente, como lector de la prensa y usuario de Internet, llevo semanas sintiendo una profunda nostalgia de la modernidad y del espíritu crítico del pensamiento ilustrado. El exceso de religión, de manifestaciones rituales, de ceremonias sacras y discursos devotamente homiléticos que han sobreabundado en la vida pública venezolana desde hace meses, viene a mostrarse incompatible con una de las más indispensables conquistas del mundo moderno: el Estado laico, la total laicidad de los asuntos públicos.

Esta laicidad que ha sido característica esencial de nuestra vida republicana desde 1830 y por lo tanto ha permeado decisivamente todo nuestro talante histórico como nación, ha venido a ser violentada, hasta límites entre nosotros insos-

pechados, por una avalancha de simbología religiosa mezclada de modo indisoluble con excrecencias de pensamiento mágico. Creo que, a excepción de algunas teocracias islámicas, eso no sucede hoy en ningún otro país del mundo. La sobriedad, la austeridad simbólica, que impone la secularización moderna de la vida pública en el abordaje del hecho religioso, ha llegado a ser en Venezuela eso mismo: una nostalgia.

Pero ocurre que la propuesta ética de Jesús de Nazaret es de suyo incompatible con la religión. Una frase históricamente indiscutida de Cristo es: “Anden y aprendan lo que significa: quiero misericordia y no sacrificio” (Mt 9,13-12,7). Allí, en esa frase, ya se sugiere una crítica demoledora contra la religión (el sacrificio, el culto) para privilegiar, como alternativa antropológica, la solidaridad, la compasión y la fraternidad humanas.

El proyecto religioso tiene su razón de ser en *lo sagrado* (un espacio, un tiempo, unos utensilios, unos ritos, unas normas), y en *lo profano* como contrapuesto a *lo profano*, a lo laico y secular. Por el contrario, el proyecto de Jesús opera un desplazamiento radical: la vía de acceso a Dios no es la de lo sagrado, sino la vía profana de la relación con el prójimo, la relación ética del servicio al otro hasta la entrega y el olvido de sí mismo. Cristo no solo nos mostró, sino que encarnó una manera –otra–, inédita, de vivir la religiosidad humana.

Es de sobra conocido su distanciamiento crítico de las dos instancias religiosas que mediaban, para los hombres y mujeres de su país y de su hora, la relación con Dios: el templo y la ley. Con respecto al primero, en los evangelios nunca se dice que Jesús acudiera al templo para orar o para participar en alguna ceremonia litúrgica. Su conduc-

Creo que nada ni nadie es menos cristiano que un caudillaje y un caudillo. Probablemente ambos funcionen en Venezuela y en los países vecinos al nuestro como una funesta herencia hispano-árabe, aunque otras latitudes han conocido y conocen también la dominación política de un hombre supuestamente providencial que se presenta como el galvanizador de una movilización colectiva.

ta en ningún aspecto fue ritualista: no encontraba al Padre en el espacio sagrado del templo ni en el tiempo sagrado del culto religioso. Acudía al templo porque allí se reunía la gente y es a ella a la que dirigía su mensaje. Jesucristo habló con el Padre y del Padre en el espacio y el tiempo profanos, seculares, de la vida misma, la vida cotidiana de la ciudad y del campo. La única acción violenta que realizó Jesús fue la que llevó a cabo en el templo (Mc. 11,15-19; Mt. 21,12-17; Lc. 19,45-48; Jn. 2,13-22) y sus contemporáneos juzgaron esa acción como un *ataque* contra el templo mismo y todo lo que él representaba en la vida israelita de su tiempo.

En el Evangelio de Juan (4,20-24) se nos dice, como enseñanza emanada del mismo Cristo, que ni el espacio sagrado, ni las ceremonias religiosas que se celebran dentro del él, constituyen el lugar adecuado para encontrar a Dios. A éste se lo halla cuando se lo invoca *en espíritu y en verdad* a lo largo y ancho de la secularidad concreta de la existencia. Y, con respecto al conflicto de Jesús con la ley, él no dio ninguna importancia a las normas de pureza ritual (Mc 7,1-17), a las prohibiciones sobre alimentos (Mc 7,18-23), a lo estipulado sobre el ayuno (Mc. 2,18-22), al rechazo social, también legislado, que recaía sobre pecadores públicos, que eran sus amigos y compartían la mesa con él (Mc. 2,15-17) y sobre las prostitutas (Mt. 21,4-31s); prescindió también de lo normativizado sobre el trato y la convivencia con las mujeres, un grupo de las cuales lo acompañaba permanentemente (Lc. 8,1-3), siendo algunas de ellas de mala reputación (Lc. 8,2). En resumen, el axioma crítico en torno a la ley es el siguiente: no está hecho el hombre para la ley sino la ley para el hombre (Mc. 2,27).

De modo, pues, que esta catarata nacional de rituales y discursos políticos, que pretenden usufructuar la simbólica cristiana entendida de forma *religiosa*, no solo atenta contra la sana laicidad de nuestra vida republicana, que debemos afanarnos para que sea lo más moderna (o posmoderna) posible, sino que es uno de los pivotes de lo que el cristianismo proyecta para nosotros como antropología.

LA TENTACIÓN DEL PODER

Creo que nada ni nadie es menos cristiano que un caudillaje y un caudillo. Probablemente ambos funcionen en Ve-

nezuela y en los países vecinos al nuestro como una funesta herencia hispano-árabe, aunque otras latitudes han conocido y conocen también la dominación política de un hombre supuestamente providencial que se presenta como el galvanizador de una movilización colectiva.

Hay exegetas y teólogos muy serios que afirman que ese fue el meollo de una de las grandes tentaciones de Jesús; tal parece ser el sentido de una de las pruebas –la tercera y decisiva– que enfrentó en el desierto durante el preámbulo de su actividad pública (Mc. 1,12s; Mt 4,8-10; Lc. 4,1-13): estos textos sobre las tentaciones constituyen un relato, no histórico, sino claramente redaccional y simbólico, el cual quiere ilustrarnos acerca de lo que acechó como posibilidad de extravío a la conciencia de Jesús sobre sí mismo a lo largo de su vida. Se trata de la tentación del poder. Pero con esta característica crucial: la tentación del poder para hacer el bien.

Es conocido que Israel esperaba un mesías político, guerrero, que iba a acabar para siempre con el oprobio y la opresión seculares del país y de su cultura. Los cuatro evangelios canónicos nos indican explícitamente que todos los discípulos cercanos de Jesús pensaban, y lo siguieron creyendo hasta el momento mismo de la pasión, que Cristo encarnaba ese mesianismo político, basado en el poder y en el triunfo humano. Después del prodigio de la multiplicación de los panes (Mt. 14,13-23; Mc. 6,30-46; Jn. 6,1-15) la multitud, entusiasmada, pensó que Jesús era el aguardado mesías político (Jn. 6,4) y, en consecuencia, quisieron proclamarlo rey. Jesús, entonces, se retiró de nuevo al monte, él solo (Jn. 6,15). Los discípulos identificados con el entusiasmo popular, no desearon perder la ocasión de que Cristo fuera proclamado rey político. Por eso, tanto Mateo como Marcos señalan que Jesús tuvo que obligarlos (anagkásō) a montar en la barca para irse de allí (Mt. 14,22; Mc 6,45).

Esa es la tentación a la que me refería: la tentación del poder. Y es una tentación que, como he dicho, puede revestirse de una falsa conciencia: se trata del poder, sí, pero para convertirlo en factor multiplicador del bien. Y Jesús rechaza esa tentación específica desde una convicción inexpugnable que no dejó de explicar a sus seguidores más íntimos, los que él creía singularmente aptos para entenderla: el camino del poder y el prestigio conduce a mantener una razonable con-

...así como Jesús fue un laico, no un sacerdote ni un teólogo profesional (como lo eran los llamados letrados y los escribas) tampoco quiso ser un caudillo.

vivencia con los agentes y factores que organizan en este mundo el sufrimiento y la opresión de los hombres.

La sociedad no se transforma desde arriba (desde el poder y la fama), sino desde abajo (desde la desarmada solidaridad con los crucificados de la historia) (Cfr. Mt. 16,22; Mc. 8,33). De esa convicción brota una denuncia implacable contra el poder político: “Saben (...) que los que son tenidos por gobernantes dominan a las naciones como si fueran sus dueños y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre ustedes, más bien quien de ustedes quiera llegar a ser grande que se haga servidor de los demás” (Mc. 10,42-43). Y brota igualmente una enorme libertad frente a él, frente al poder: cuando le avisan a Jesús que Herodes –quien era rey de Galilea y por lo tanto jefe político de la región de Israel a la que pertenecía Jesús– quería matarlo (Lc. 13,31) les dice: “Vayan y díganle a ese zorro (...) que no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc. 13,32). En la cultura judía de ese tiempo zorro era considerado el animal que no representaba nada. Así, fue como si dijera: *Vayan y díganle a nadie...* ¡y era el rey!

No voy a hacerle perder el tiempo a mi posible lector abundando en lo obvio: así como Jesús fue un laico, no un sacerdote ni un teólogo profesional (como lo eran los llamados letrados y los escribas) tampoco quiso ser un caudillo. A pesar de su ascendencia dentro de las masas más depauperadas de Israel no deseó instrumentalizarlas con un objetivo político porque para él a Dios no lo mediaba el poder, ningún tipo de poder, solo el amor (esa prostituida pero imprescindible palabra). Todos sabemos lo que ocurrió al final: fue asesinado como blasfemo y criminal político por las autoridades civiles, militares y religiosas de su tiempo. Las masas que no quiso instrumentalizar lo dejaron solo. Íngrimo, este hombre de impronunciable inocencia, torturado y ejecutado como malhechor y peligroso revolucionario por el poder institucional, por la ortodoxia pensante y sus esbirros, ya había advertido un día a sus seguidores –los de entonces y los de ahora–: “Miren que los envió como ovejas entre lobos: por tanto sean cautos como serpientes e ingenuos como palomas. Pero tengan cuidado con la gente, porque los llevarán a los tribunales, los azotarán en las sinagogas y los conducirán ante go-

bernadores y reyes por mi causa; así darán testimonio (...)” (Mt. 10,16-18). Jesús no vivió para la cruz; cuando la dinámica de la realidad se la impuso, la aceptó y la asumió transfigurándola en la opción del amor, es decir, en afirmación de la vida. Aquella ejecución, aquel asesinato operado por razones religiosas y políticas, que coronó infamantemente una vida consumida en el servicio desinteresado a los demás, quedó convertida para siempre en una contundente requisitoria, en la más honda y entrañable denuncia de cualquier poder, por más que éste intente ser canonizado.

Del Evangelio heredamos los cristianos una sospecha radical ante las pretensiones de mando, de cargos importantes, del aura supuestamente majestuosa, encandilante, que parece rodear al triunfo político y social. Si alguien tenía dudas de que el presidente Chávez fuera un caudillo de la más rancia y triste estirpe hispanoamericana observe lo que se quiere hacer de su paso por la historia: Chávez ascendiendo al cielo, Chávez entronizado en el altar de una capilla del 23 de Enero (llamada la Capilla de San Hugo Chávez), Chávez multiplicado en estampitas que se venden a la entrada de las iglesias y en bustos de yeso que, se informa, mucha gente busca para rezarle en la intimidad de su hogar, Chávez el segundo Simón Bolívar, Chávez el nuevo libertador, Chávez el redentor, Chávez el Cristo de los pobres. Todo ello sería cómico si no fuera trágico. Porque se trata de una mezcla inextricable de la credulidad e ingenuidad mágicas de muchos con una deificación, una mitificación, una sacralización orquestadas desde el poder. Hablando bíblicamente, es en dos palabras, una idolatría. Desde el punto de vista cristiano, un contrasentido.

Los cristianos creemos que únicamente ha habido, hay y habrá un solo mesías. Y es un mesías crucificado. Y crucificado significa que la utópica (en el sentido de Ernst Bloch) fraternización radical de las relaciones humanas, que es la propuesta central del cristianismo, solo se realiza desde la topía de la cruz: ese fracaso total que implica el grito postero de la agonía de Jesús, abandonado por unos y por otros, y que expresa la solidaridad de Dios con los humillados y ofendidos de la historia, no desde la majestad del poder que instrumentaliza a los pobres para dominarlos –convirtiéndolos en objetos de mercadeo polí-

...de allí a sostener que el fin justifica los medios y que alguna dosis de terror político se hace indispensable para conseguir el objetivo edénico de la supresión de toda opresión no hay más que un paso.

tico—, sino desde la solidaridad inerme, desamparada y a la intemperie con ellos. El fracaso de la cruz contrapesa la imagen heroico-prometeica que nos hacemos del mesías. No ostenta ningún rasgo épico. La muerte de Jesús no fue la de Sócrates, bebiendo parsimoniosamente la cicuta, acompañado de discípulos y amigos. La suya estuvo envuelta por los signos de un profundo espanto: un auténtico horror al sufrimiento, a la tortura, a la soledad y a la muerte misma que no podía sino parecerle también la de su causa y la misión de su vida.

Esa identificación de Chávez y Cristo, con ser una idolatría y un contrasentido, fue propiciada en más de un aspecto por el propio Chávez. No se cansó de pregonar que él obedecía al primer y más grande socialista de la historia. En vano se le replicó que esa afirmación contenía un imperdonable anacronismo: Jesús no fue socialista como tampoco aviador: el socialismo implica una teoría de organización política, social y económica que data del siglo XIX, es decir, a una distancia temporal considerable de la vida de Cristo. Fue inútil. Hasta el fin de su existencia Chávez siguió creyendo y propalando el disparate. Como también resulta disparatado, pero esta vez se trata de un dislate peligroso por sus consecuencias políticas, afirmar —como ahora lo hace el pretendido émulo del presidente fallecido— que el socialismo es el reino de Dios en la Tierra.

Al respecto viene a ser necesaria la precisión siguiente: ese sueño utópico (en el peor sentido, el etimológico, de la palabra: no hay tal lugar) se encuentra, a su manera, en la República de Platón, en los visionarios de la Quinta Monarquía, en los apocalípticos medievales, en los anabaptistas, en los teócratas puritanos, en los sectores religiosos del movimiento anarquista: todos los que no han creído y no creen —cito casi de memoria a George Steiner— en la falibilidad constitutiva del hombre, en la permanente imperfección de los mecanismos del poder, en la presencia de la inhumanidad y del mal dentro de la condición existencial del hombre y de sus realizaciones históricas. Han creído y creen que la civitas Dei debe construirse ahora sobre la Tierra y para ello es indispensable un cierto rigor fanático al servicio del ideal revolucionario: de allí a sostener que el fin justifica los medios y que alguna dosis de terror político se hace indispensable para conseguir el

objetivo edénico de la supresión de toda opresión no hay más que un paso.

El Reino de Dios, bíblicamente considerado, es una realidad cuya plenitud es meta y transhistórica, cuando Dios, como dice Pablo de Tarso, sea todo en todas las cosas. A los seres humanos nos compete aproximarnos progresiva y siempre parcial e inacabadamente a aquella plenitud, organizando la dinámica histórica de tal manera que se acerque a ella. A alguien puede no gustarle el apelativo Reino de Dios. Hace muchos años un amigo me dijo que los cristianos deberíamos hablar, no de Reino sino de República de Dios. Para aclarar las cosas, invito al lector a recordar que el primer poemario de Ramón Palomares se titula El Reino. Y es que Reino de Dios es una designación mito-poética para aludir a una meta —la soberanía de Dios como casa fraternal del desamparo humano, casa definitiva que es él mismo hecho presencia viva entre nosotros— y que ciertamente debemos esforzarnos por empezar a construir aquí y ahora, siempre y en todo momento bajo la acechanza de esas potestades que, según el Evangelio de Lucas (22,25), quitan la libertad y se hacen llamar bienhechores y que son el dinero y los poderes políticos y religiosos. Desde el futuro esa meta actúa como una constante instancia crítica que interpela y cuestiona nuestro logros siempre limitados y parciales, impidiendo que la historia y la sociedad que edificamos no permanezcan abiertas, convocándonos a la cita ontológica a la que hemos sido llamados al nacer: “Les secará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado” (Ap 21,4).

Pretender que esa convocatoria ontológica la realice el socialismo constituye, por decir lo menos, una insensatez: “El Reino de Dios debe ser comprendido como el Reino del Hombre: esta es la teología de las utopías totalitarias” (Georg Steiner).

*Poeta, crítico y ensayista.

FUENTE:

<http://prodavinci.com/2013/04/02/ideas/el-chavismo-y-la-memoria-subversiva-de-jesus-por-armando-rojas-guardia/>